

Que no haya olvido: vidas interrumpidas buscando amanecer

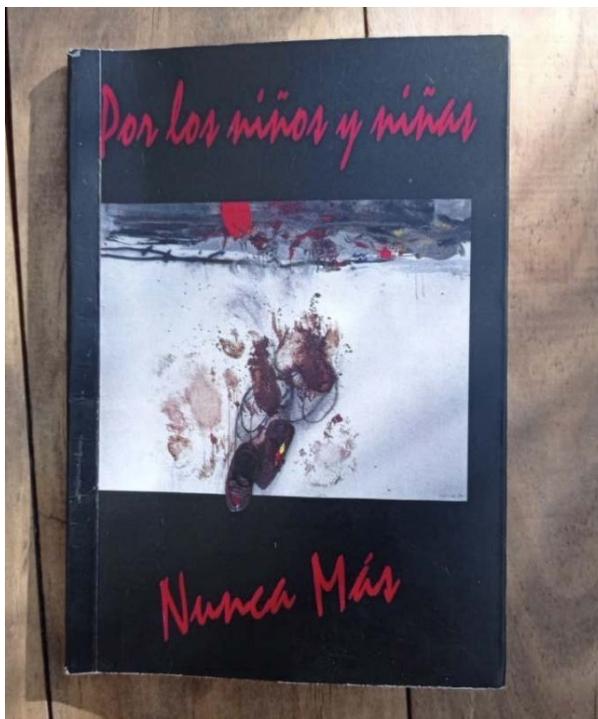
El hallazgo de un libro sobre infantes asesinados y desaparecidos en dictadura desata una profunda reflexión sobre la subjetividad material de publicaciones impresas sobre niñeces y el periodo oscuro de la dictadura. Poesía, ilustraciones, instalaciones y testimonios se entrecruzan en un ensayo en primera persona que hace circular prácticas artísticas para resistir al olvido.

Catalina Donoso Pinto

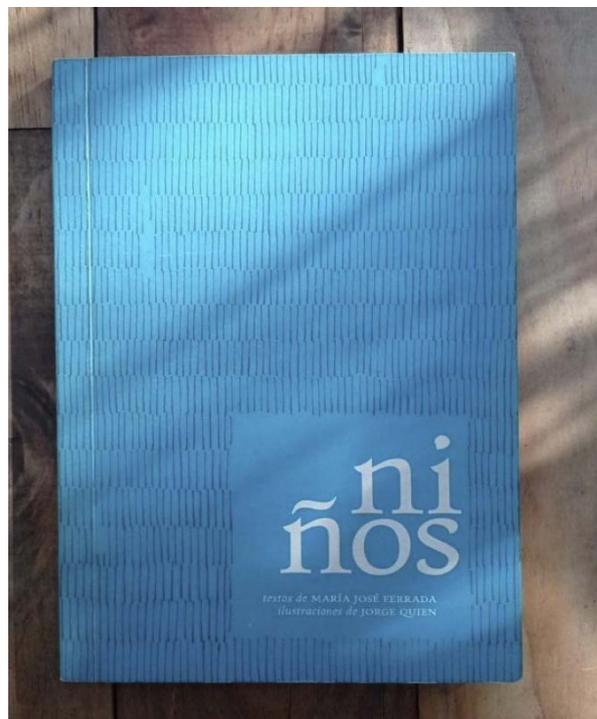
Después de que mi mamá murió a inicios del 2020 tuve que hacerme cargo de todas sus cosas. Fue una tarea gigantesca, agobiante física y emocionalmente. Toda persona que haya tenido que lidiar con la partida de alguien querido y con la organización de los aspectos prácticos de esa ausencia sabrá de lo que hablo. Fue, también, un viaje vertiginoso a otros tiempos; tiempos míos, también, y a la prolongación de la vida de Maruja en todos esos innumerables objetos grandes, pequeños, suaves, duros, conocidos y sorprendentes. En ese tiempo estaba comenzando a trabajar en un proyecto de investigación en torno a prácticas documentales en distintas disciplinas que, entre otras cosas, exploraba la potencia de lo que en ese momento definimos como *subjetividad material*, para denominar ese continuo afectivo entre personas y objetos que, entre otras cosas, funda y constituye memorias. Esta coincidencia fue una constatación más, de tantas, de los múltiples hilos que entretienen eso que catalogamos como vida pública y vida privada, buscando separarlas. La organización de este pseudo-archivo personal estuvo todo el tiempo acompañada de lecturas, conversaciones y reflexiones que nutrían el desarrollo del proyecto. Después de desocupar la casa y, luego, disponer

de la serie de objetos y recuerdos almacenados en cajas, dejé unas últimas que sólo contenían libros, pensando retomar la labor, en un futuro cercano con más tiempo y energía, suponiendo, además, que, por el contenido, sería más fácil. Ese momento llegó en febrero de 2023, sin obligaciones laborales y mi hijo de vacaciones con su papá: regalé, doné y conservé libros. No sé si fue más fácil, pero sí fue distinto, y me hizo repasar de qué manera un libro es un objeto personal diferente de una bufanda o una cajita decorativa llena de retazos de vida. Entre los libros que guardé hay uno pequeño y particular, que no recordaba que hubiera sido suyo y que hace algunos días se hizo notar en medio del desorden de mi escritorio. Su presencia, su (re) aparición, me tienen escribiendo hoy aquí.

Por los niños y niñas Nunca más es un libro de 10 x 15 centímetros, de portada negra y título en letras rojas, con una obra de José Balmes (*Zapato y barro*) en el centro. Fue editado en 1994 por Corporación Opción —entidad dedicada a defender y promover los derechos de niñas, niños y adolescentes—, en un intento por dignificar y homenajear las memorias de menores de edad que habían sido ejecutados o desaparecidos por los aparatos de re-



Crédito foto: Sybila Oxley



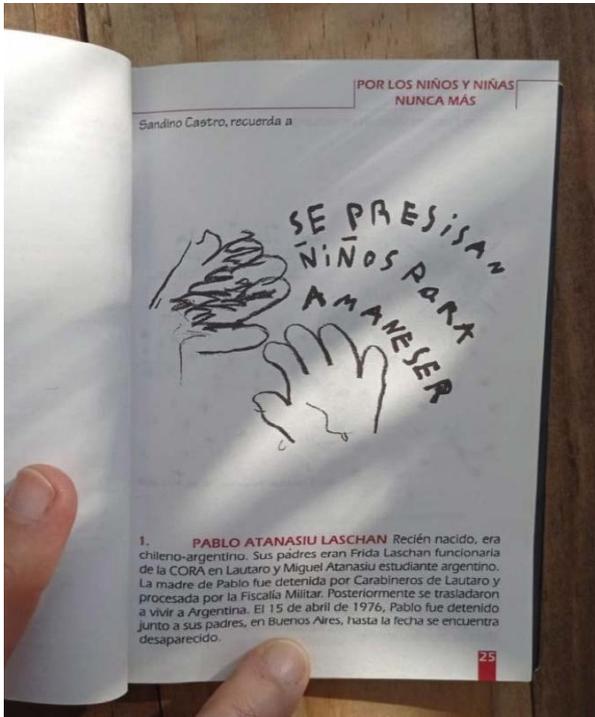
Crédito foto: Sybila Oxley

presión de la dictadura. Son ochenta y tres nombres, ochenta y tres vidas arrebatadas entre 1973 y 1989 a niños de entre apenas días de vida y diecisiete años, que este libro reivindica y entrega a otros niños y niñas para que dibujen esas historias en un gesto de reparación mínimo pero hermoso y significativo en medio de tanto horror. El ejemplar que tengo ahora en mis manos corresponde a la segunda edición de 2003, reeditado a razón de la conmemoración de los 30 años del golpe, huele un poco a mi mamá y mucho al papel que ya va sumando el correr del tiempo a su propia materia, como todo. Ese mismo año seguramente llegó a su casa y hoy vuelve a mí veinte años después.

En 2013 la Editorial Grafito publicó *Niños*, obra literaria de María José Ferrada ilustrada por Jorge Quien, que construye memorias imaginarias a niños menores de 14 años, treinta y dos de ellos ejecutados y uno todavía desaparecido a manos de la dictadura chilena. Más recientemente Liberalia editó una segunda versión de este libro, con ilustraciones de María Elena Valdez, pero es el de Grafito el que vive en mi biblioteca. A diferencia de *Por los niños y niñas* —que contiene un índice que identifica con su nombre completo a cada niño y en el capítulo correspondiente acompaña al dibujo la narración de su historia de violencia—, *Niños*

reconoce a sus personajes sólo por el nombre de pila y la autora se permite imaginar un futuro o un presente posible para esas biografías destruidas. Como en el poema de Mauricio Redolés *Bello Barrio*¹, “acá el presente no ha acontecido. Es más aún, las balas que desgarrarán los tiernos pezones de los desaparecidos aún son plomo en lejanas minas de un continente no descubierto”. En sus páginas finales sí consigna las identidades de cada uno y nos advierte, además, que uno de los niños desaparecidos que formaba parte de esta lista fue encontrado gracias al trabajo de las *Abuelas de la Plaza de Mayo* argentinas. Pablo Athanasiu fue robado a su familia que había sido detenida como parte de la Operación Cóndor y apropiado por militares argentinos. *Por los niños y niñas* nos cuenta en su primer relato ilustrado su historia:

Recién nacido, era chileno-argentino. Sus padres eran Frida Laschan funcionaria de la CORA en Lautaro y Miguel Athanasiu (sic), estudiante argentino. La madre de Pablo fue detenida por Carabineros de Lautaro y procesada por la Fiscalía Militar. Posteriormente se trasladaron a vivir a Argentina. El 15 de abril de 1976, Pablo fue detenido junto a sus padres, en Buenos Aires, hasta la fecha se encuentra desaparecido.



Crédito foto: Sybila Oxley

Aunque su madre y padre siguen sin ser encontrados, en agosto de 2013 su biografía fue restaurada, gracias a la incansable labor de las Abuelas. El libro de Ferrada, como ya señalé, incluía a Pablo, hasta entonces el detenido desaparecido más joven de la dictadura chilena, pero durante el proceso de edición sucedió este reencuentro y su historia fue trasladada al final, como una manera de terminar, gracias a este relato —el número 34—, recordándonos que “la vida encuentra formas de seguir y alumbrar”. Su capítulo dice:

Quando crezca será un árbol,
una nube,
una ola,
un caracol.
Y todas esas formas
que se distinguen en las nubes que ha aprendido a mirar fijo.
Un árbol, una nube, una ola, un caracol.
Quando aprenda a hablar, será lo primero que dirá.

Hojeo ambos libros, pienso en los distintos modos de recordar: uno, constatando hechos, invitando a niños a imaginar esos hechos y volverlos imagen; y el otro, proponiendo un tiempo improbable y, así, volviéndolo posible, creando un universo paralelo donde esa violencia nunca ocurrió, para que otros niños lo lean y lo conozcan. Pero también pienso



Crédito foto: Sybila Oxley

en la coincidencia de sus intentos por rescatar esas vidas infantiles y permitirles existir a través de la mirada de otros niños. José Santos Herceg señala que no hay desaparición efectiva mientras no haya desaparición epistemológica. Puede haber desaparición ontológica y sensorial, pero mientras sigamos alimentando la necesidad de saber, de recordar, de reelaborar esa historia violentada, habrá una oportunidad para resistir a la desaparición. Estos dos libros encarnan, en ese sentido, gestos tal vez pequeños en apariencia, pero llenos de sentido y albergan, además, la belleza de ofrecer nuevas vidas posibles a quienes tenían tanto todavía por ofrecer al mundo.

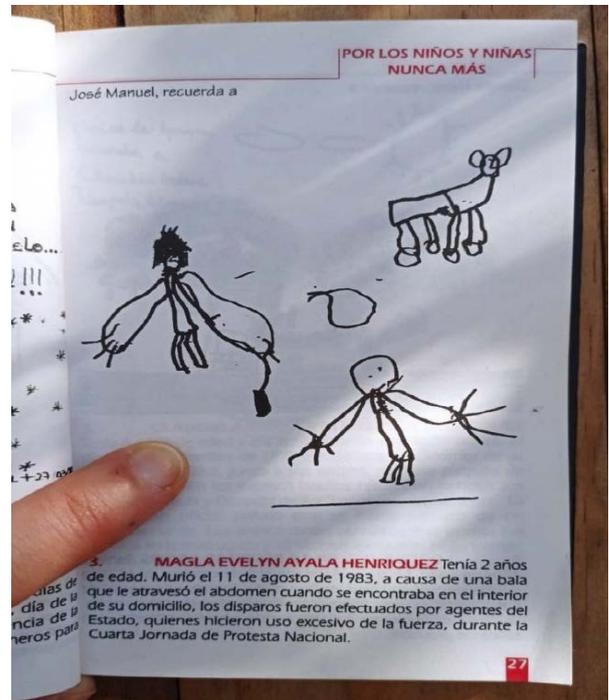
Ambos libros recurren a organizaciones de Derechos Humanos y al Informe Rettig para elaborar su catastro. Hace algunos años pude ver en el MAC Parque Forestal una exposición en la que se exhibía la obra del artista chileno Máximo Corvalán Pincheira titulada *Informe Rettig* (2017) que consistía en tres cajas de luz que contenían cada una un ejemplar del informe, que el autor había perforado con fuego. La verdad es que el último de ellos había desaparecido completamente y de él sólo quedaba el marco. Los dos anteriores estaban ahuecados de maneras distintas por la acción de las llamas y hacían aparecer una materialidad



Informe Rettig (2017), Máximo Corvalán Pincheira

nueva al documento, que de alguna forma le hacía ganar espesor en un sentido háptico y también epistémico. Los ejemplares eran ahora cuerpos, cuerpos violentados, cuya elocuencia estética obligaba a leer el documento oficial de una manera nueva.

Los libros que presento aquí —uno que llega desde la permanencia de los objetos más allá de la finitud humana y el otro que se manifiesta como si el primero fuera un niño que trae a su amigo de visita a la casa— forman parte de esas elaboraciones vivas y vitales de un hecho terrible que parece que no deja de ocurrir (como en el calendario de Alfredo Jaar de 1974 titulado *11 de septiembre, 1973*). Me parecen significativas, además, porque su apariencia mínima (visible incluso en el tamaño diminuto de uno de ellos), su opción por las infancias (universo que por tanto tiempo ha estado signado por la normalización adultocéntrica), revelan una voluntad de hacer visible lo que parece menos relevante. Es verdad que la violencia ejercida sobre la infancia suele impactar en mayor medida a la opinión pública, pero también es cierto que muchas veces su complejidad es anulada por ese impacto emocional, por la manipulación de la potencia simbólica de la infancia para servir a fines que no le atañen y donde la reflexión profunda parece estar reservada para



Crédito foto: Sybila Oxley

la seriedad del mundo adulto. Estos son libros que juegan, incluso en la desolación de estas experiencias terribles, a dar vida otra vez a través del dibujo y de la invención de otros futuros.

Encuentro en ambos libros la historia de Magla. Según constata *Por los niños y niñas*, tenía 2 años en 1983 cuando estando dentro de su casa, una bala, disparada por agentes del Estado, perforó su cuerpo y le quitó la vida en una de las protestas nacionales convocadas aquel año. José Manuel la dibuja jugando con otro niño con una pelota y con lo que parece ser un perro.

Sobre ella leemos en *Niños*:

Si hubiera que elegir un solo sonido,
dice que se quedaría con el que hacen las burbujas
al desaparecer.

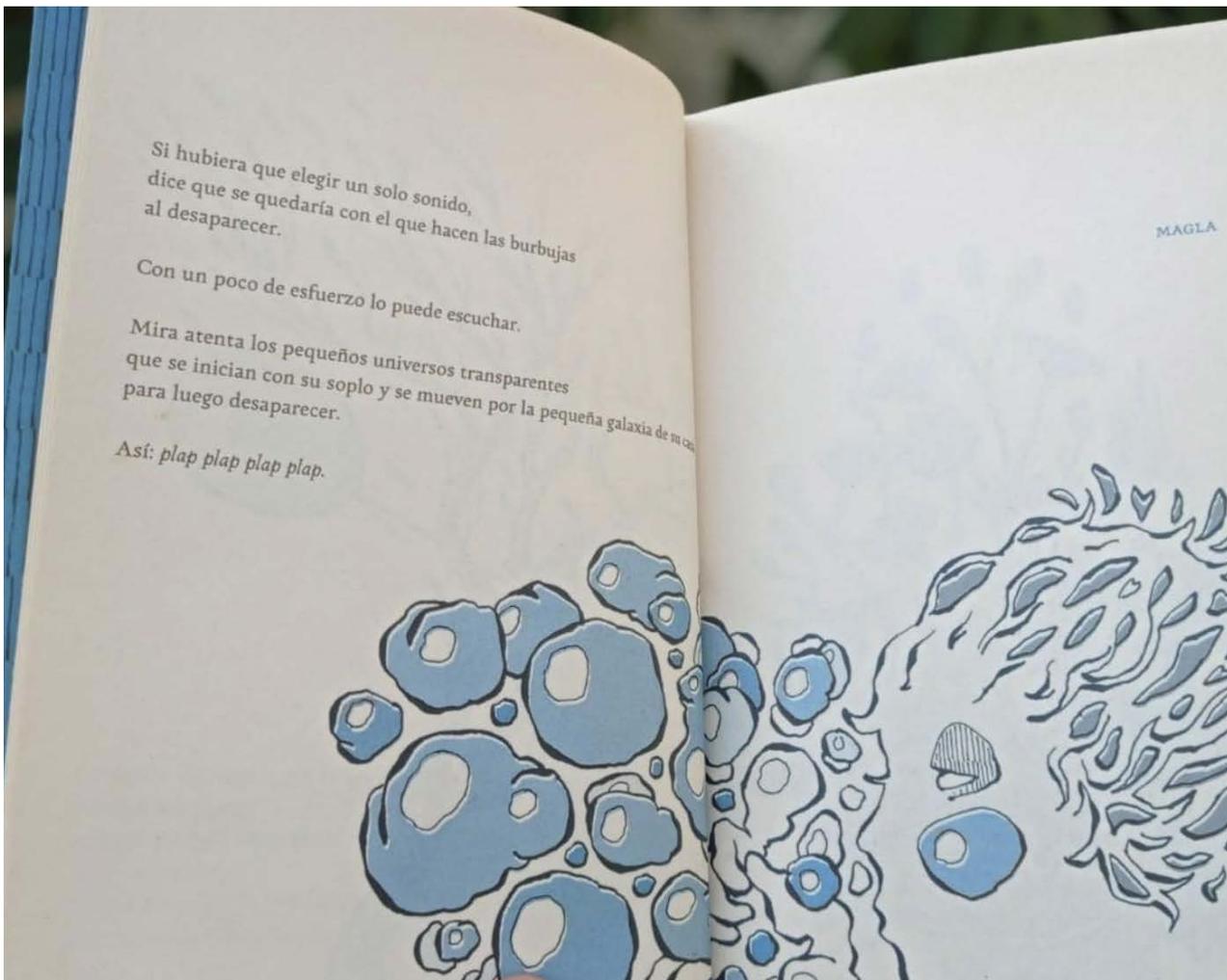
Con un poco de esfuerzo lo puede escuchar.

Mira atenta los pequeños universos transparentes
que se inician con un soplo y se mueven por la pequeña ga-
laxia de su casa
para luego desaparecer.
Así: *plap, plap, plap, plap*.

Eso escribe sobre la pequeña Magla María José Ferrada. Jorge Quien la hace aparecer, en la ilustración que acompaña el poema, con las mejillas sonrosadas llenas de aire, lista para soplar más vida en esos delicados mundos cristalinos. ■

Nota

1. Del disco del mismo nombre editado en 1987 por el sello Alerce.



Crédito foto: Sybila Oxley

Catalina Donoso Pinto es académica de la Facultad de Comunicación e Imagen (FCEI) de la Universidad de Chile. Su labor como docente e investigadora se enfoca en el campo de los estudios de la imagen, el cine documental y los diálogos entre cine, teatro y literatura.